

BAJO ESOS CIELOS

María Inés Casanovas Nión



Capítulo 1

BAJO ESOS CIELOS

Una década antes, cuando ese territorio aún no era el pueblo llamado Bolívar el cacique Calfucurá había sido derrotado. Armandina nació allí en el otoño de 1886 y aunque era melliza con Delia, era la antítesis de su lánguida y melancólica hermana.

Siendo las más pequeñas de 12 hermanos eran las mimadas. Delia era casera, calma y solo soñaba con ser madre; sin embargo Armandina era curiosa, pizpireta, charlatana y le gustaba moverse más que nada en el mundo, estar afuera corriendo ovejas, gallinas o cerdos eran sus actividades favoritas.

También descubría el mundo de otras formas, en una tarde de invierno, recostada en el pasto mirando el cielo sus ojos desmesuradamente abiertos veían con asombro como las nubes cambiaban de forma. Creía ver una oveja e inmediatamente podía ver el rabito y las orejas de un conejo.

En esa actividad estaba cuando un rostro se interpuso entre ellas y sus ojos.

Era un niño que nunca había visto antes, Armandina no era de asustarse, además era un niño muy especial, ella percibió a su alrededor una especie de luz. Sus ojos eran muy oscuros y contrastaban con su tez blanca, pecosa, su sonrisa franca daba tanta paz que incomodaba, niño de modos adultos con ese aplomo que solo traen los años.

—¿Vos quién sos? nunca te había visto, me llamo León y vos?— preguntó él.

—Yo soy Armandina también vivo acá, en la casa grande con galerías, la que tiene el aljibe adelante—contestó ella.

—Soy el mas chiquito de ocho hermanos, vivo en aquella casa que está al lado de los tres eucaliptus, tengo cinco años ¿y vos?— pregunto él.

—Yo también tengo cinco igual que mi hermana Delia, somos mellizas y las mas chicas de toda la familia— respondió ella.

—¿Jugamos?—preguntó Armandina.

—¿a qué?— contestó León.

—A mi me gusta correr, trepar árboles, perseguir animales, a veces

visito los corrales para ver los pollitos, los adoro —dijo ella.

—Yo no puedo correr, si lo hago me cuesta respirar, a mi me gusta dibujar, escuchar los cuentos que me cuenta mi abuela sobre los indios que estaban acá antes que yo naciera, inventar objetos con algunas cosas que mi familia ya no usa mas, hablar con mi madre, imaginar viajes—dijo León

León padecía algo similar al asma, solo podía caminar si lo hacía lento si no, se le hinchaban los pies, no sabía por qué , pero así era; pero Armandina le proponía el movimiento como juego, brusco ... él no la podía seguir, solo esperaba que ella se cansara para recostarse sobre el pasto y hablar por largos ratos sobre muchísimas cosas, todas las que sus añiñadas pero frondosas imaginaciones pudieran abarcar.

Se admiraban y congeniaban perfectamente, ella era peleadora y el con una sonrisa la desarmaba , cuando el volaba con la imaginación ella lo traía con bastante esfuerzo intelectual, pero la de ellos era una relación de almas que se han vuelto a encontrar.

Tenían una rutina tácita respetada rigurosamente, se veían por la mañana luego de tomar la leche y en las siestas cuando los grandes duermen en una pequeña elevación rocosa que interrumpía la inacabable llanura.

Ella usaba siempre vestiditos con puntillas hasta en los bolsillos que poco duraban aseados por su manía de rodar por el pasto; sin embargo él usaba todos los días el mismo atavío, botines negros de cuero percutidos , pantalones anchos con botones en los tobillos , tiradores marrones raídos que le ayudaban a sostenerlos, una camisita celeste y una gorrita negra de lana con visera que no alcanzaba a tapar su abundante cabellera rizada.

Un mañana León le regaló algo que consideraba una pieza única : la pluma de un pavo real. Era de color rojo con reflejos iridiscentes en naranjas y amarillos, se le había desprendido de su cola cuando la desplegó ese día .

—mirá que suave dijo León, te la pasas por la mano , los brazos , la cara y te hace unas cosquillas muy lindas; Armandina probó pero pero no le gustó nada aunque no se lo dijo; sin embargo guardó celosamente la pluma en el bolsillo de su delantal.

Estaban conversando cuando León se puso serio, —tengo miedo a no despertarme mas algún dia—dijo con tristeza.

—¿por que habría de pasar eso?— preguntó Armandina.

—a un hermano mío le pasó hace un año después de una fiebre. Nunca lo vi solo me lo dijeron .De un día para el otro ya no pudimos jugar más , tenía un año menos que yo, León se puso serio y triste.

Al otro día Armandina se despertó rara , mareada , le costaba estar parada , creía estar soñando miró a su madre con esos ojos propios de alguien enfermo y se abrazó a su falda.

—¡esta chica vuela de fiebre! — dijo su madre.

—Raúl anda a buscar al Sr. Iñiguez , debe estar en su casa—dijo su madre.

—El boticario estaba por recibirse de médico, la revisó y aconsejó :pongale paños fríos en la frente y si es necesario la baña con agua recién sacada del aljibe ; dele esto, es belladona , y hágale hacer reposo.

Armandina estuvo en cama hasta que la fiebre cedió y volvió a su vida normal pero dentro de su casa ya que tenía una persistente tos;su madre hervía hojas de eucaliptus en una olla sobre la salamandra y se la acercaba para que inhalara ese vapor .

León la buscaba todos los días al lado de la piedra de siempre hasta que una tarde de fin de Agosto se largó repentinamente una lluvia torrencial y tuvo que volver a su casa empapado;cayó en cama , le costaba respirar, su madre no sabía que hacer ,no comía nada, deliraba de fiebre y su estado era delicado.El médico lo revisó, cerró la puerta y habló con sus padres.

A la semana , una vez repuesta y luego de desayunar Armandina fué al encuentro de León, imaginaba la cantidad de cosas que iban a hablar; se paró en el mismo lugar de siempre a la hora habitual pero el no llegó.Tampoco por la tarde y por primera vez sintió algo que luego sabría que se llama intuición; indescriptible sensación que baja e inunda la mente de extraña certeza, se puso alerta.

Esa noche mientras cenaban su madre comentó a la familia que el hijo mas chico del capataz no había aguantado un enfriamiento, había que organizar el funeral.

Armandina se sintió desamparada, no pudo probar bocado , fué a su cuarto y acudiendo al soporte de la memoria, bosquejó en un papel la cara de León para no olvidarlo jamás.Lo dibujó sonriendo con una carbonilla que le sacó a Cornelia ,su hermana mayor; dobló el papel y lo

guardó en su cajita de terciopelo azul.

No estaba triste, ella era la tristeza. Su familia no entendía su pesadumbre ya que nunca había hablado sobre su amigo; se durmió acariciando la pluma roja que pasó a ser un objeto con cierta magia ya que cada vez que tenía que pedir algo acariciaba la pluma y pensaba en León. Entendió a tan tierna edad que su amigo por algún motivo que no entendía , debía irse con premura.

A veces suele verlo corriendo por la pradera, solo que ya no responde a su llamado.